

# ATENAS, UNA FLOR EN EL HIELO CRÓNICA DE UNA CIUDAD EN “ESTADO DE REBELIÓN”

*Bajo el Volcán* núm. 19, año 12, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 113-138

Katerina Nasioka

Estudiante del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

katerinaenasioka@gmail.com

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2012

Fecha de aceptación: 4 de diciembre de 2012

*Una flor blanca que floreció en el hielo  
¿dónde podría encontrar su tallo y su rama?*

“Flor de hielo” de Cho Chong Kwon

## RESUMEN

Este trabajo presenta un análisis general sobre las luchas recientes en Grecia (2008-2011), destacando especialmente las rupturas con las espacialidad y temporalidad urbanas del capital y el surgimiento, como parte de la lucha de clases, de formas de sociabilidad alternativas expresadas en temporalidades y espacialidades que rompen con la lógica de la acumulación.

Palabras clave: crisis, austeridad, Estado, espacio urbano, revuelta, ruptura, asambleas populares, des-fetichización.

## ABSTRACT

This work presents a general analysis of recent struggles in Greece (2008-2011), particularly highlighting ruptures with the urban spatialities and temporalities of the capital city and the emergence, as part of class struggle, of forms of alternative socialization which are expressed in temporalities and spatialities that break with the logic of accumulation.

Key words: crisis, austerity, state, urban space, revolt, rupture, popular assemblies, defetishization.

I

En el capitalismo, evidentemente, no somos nada. Y no sólo porque vivimos en un sistema de relaciones y prácticas que, cuando no nos mata, nos convierte en una sombra humana; sino también, como dice Walter Benjamin en su sexta *tesis sobre el concepto de la historia*: “ese enemigo no ha cesado de triunfar” (Löwy, 2002: 75). Sin embargo, es igualmente evidente que este nada que somos puede florecer contra toda probabilidad, como una flor en el hielo. La posibilidad de su existencia, como la posibilidad de que llegue la primavera de la revolución, es tan dudosa, frágil y continuamente imprevista como el aliento vital. La revuelta juvenil de 2008 en Grecia fue una gran bocanada de aire fresco y el punto de partida para comprender la forma asumida por la crisis actual del capital. Anticipó la profundización del antagonismo social e insertó la posibilidad de la rebelión, cuya muerte había sido hace tiempo anunciada. Esta posibilidad definió, y sigue definiendo de muchas maneras, la crisis en Grecia; no como crisis económica que puede resolverse a través de “recetas” financieras de medidas de austeridad; tampoco como una crisis civil, sino como una crisis que anuncia precisamente la decisión de lucha (Lynteris, 2011), del momento de la verdad, de la forma del NO, del ¡ya basta! Es decir, un camino a través del cual el corazón sale al mundo, un modo en el que se puede escuchar hasta la más lejana palabra, así como los zapatistas definen el símbolo de los caracoles.

Como toda formación social, Grecia es un caso histórico particular en cuanto a la articulación de la relación capitalista y las luchas sociales vinculadas a ella. Dos puntos históricos fundamentales para comprender las luchas sociales en Grecia son: la guerra civil (de clases) de 1944-1949 y la dictadura de los coroneles y la rebelión de la Universidad Politécnica de 1973. El final de la guerra civil, con una izquierda derrotada, fue seguida por un largo periodo de falsa reconciliación social que trasladó lo *clasista* hacia lo *nacional* y, en esencia, acalló la lucha de clases vistiéndola con

el manto del movimiento “de liberación nacional” y de resistencia contra la ocupación alemana. Este proceso social dejó una herida en el pecho de la izquierda –perseguida y torturada por el sistema–; ésta permanece abierta hasta hoy y pone en evidencia su punto débil: la oscilación entre encerrarse en el contexto institucional de la afirmación de la hegemonía del capital y representar la fuerza más radical de los de abajo. El fin de la dictadura militar, acaecido en 1973 tras la rebelión de estudiantes, trabajadores, desempleados y asociaciones de jóvenes, marcó el inicio del periodo conocido como *metapolítefsi* (posdictadura); es decir, la fase de la historia moderna de Grecia centrada en establecer la “democracia burguesa” y los partidos burgueses de masa (PASOK, NEA, DIMOKRATIA), la legitimación del Estado burgués y la amplia participación del pueblo en él. La última fase de este periodo histórico se identifica también con el avance arrasador del neoliberalismo, cuyo punto supremo está en la participación masiva de los griegos en el “imaginario del mercado” a través de la unificación económica con la Unión Europea. La revuelta de diciembre del 2008 marca el fin del periodo de la *metapolítefsi*, el inicio de la deslegitimación del Estado burgués y la entrada al “tiempo de los disturbios” (Blaumachen, 2011).

El punto de partida en el análisis teórico de la experiencia de los sublevados en el mundo (en específico, la crisis tal y como se manifiesta en recientes años en Grecia) debe ser su existencia en sí. El cómo insisten en emerger por doquier y producir teoría. Una teoría que, en ocasiones, es mucho más crítica y autocrítica que cualquier análisis académico. Una teoría que evidencia, de la mejor manera posible, las contradicciones de las conceptualizaciones burguesas; pero también nos trae al frente la falta de imaginación de los “marxismos”. Desde el punto de vista burgués y el discurso neoliberal, la crisis aparece bajo muchas falsas expresiones. Por un lado, se interpreta como un mal funcionamiento de las mediaciones del sistema político. De manera particular, como fallo del proyecto de unificación europea, que se refleja en la incapacidad de articular políticamente las economías más débiles de la periferia en el territorio capitalista europeo y en el sometimiento a la autoridad económica de los países-capitalistas centrales. Por otro lado, se interpreta a nivel

ético-personal, como centro de “sociabilidad” fragmentada en mónadas vinculadas entre sí de manera laxa y extensa (individuos-productores); o en una conformación más amplia y abstracta de esta forma: la Nación. Los griegos aparecen como el eslabón débil de Europa, como una nación floja, retrógrada, ilícita, que durante años ha recibido dinero prestado sin trabajar lo suficiente. Ahora es llamado a pagar por sus errores o por los errores de sus políticos corruptos. Al respecto, es suficiente ver las largas y repetidas publicaciones en prensa alemana sobre la deuda griega, con títulos muy indicativos: “¿Por qué nosotros pagamos las compensaciones lujosas de los griegos?”

Según la teoría neoliberal, la crisis se puede “resolver” con medidas económicas onerosas y sacrificios por parte de los ciudadanos para salvar al país, a los bancos y al sistema económico prevaleciente, con la aceptación de los memoranda que dictan la privatización de todo lo que pertenece a la esfera de lo común y, por supuesto, con la continuación de los préstamos, las deudas y la dependencia. Sin embargo, esta medida aumenta las “clases peligrosas” mayoritariamente y desestabiliza más al sistema, porque el capital no sólo debe asegurar las presuposiciones para su reproducción perpetua, sino también establece la legitimación de relaciones capitalistas. En casos donde estas “soluciones de emergencia” económicas no den resultados, es decir, donde las personas comunes no consiguen comprender cómo este método de feroz degradación a sus condiciones de vida les puede resultar en un “bien común”; así, no aceptan someterse a la depreciación absoluta de sus vidas dictada por el capital; la solución definitiva es la brutal violencia. Se generan nuevos conflictos y la lucha de clases se profundiza. Es imposible para el capital utilizar la violencia de la ley como factor de coherencia social por mucho tiempo, porque su falta de ganancia depende de un mínimo consensual. Por tanto, desde el punto de vista neoliberal, la crisis se interpreta como un error del sistema que debe ser corregido, como un “accidente” que no debería existir. La resistencia y lucha de los de abajo se aborda como un fenómeno social patógeno, como una enfermedad que debe ser curada mediante intervenciones radicales desde arriba. La corrección de estos desafortunados errores en el contexto, supuestamente, “igualitario” de una desigualdad inherente, es la base del

modelo capitalista de interrelación social (explotación y sumisión de una clase en relación con otra clase social) a través de la forma de relación del Estado con los ciudadanos-individuos supuestamente libres; esto no muestra más que la intensificación de las contradicciones irresueltas en la relación capitalista y en los límites de explotación de su poder material (relación laboral, medio ambiente). Este proceso específico de dominación económica, política e ideológica que se reproduce y expande cada día, constituye básicamente la renovación continua del proceso de fetichización de las relaciones sociales tendientes a la absoluta sumisión al dinero, a la heteronimia y al individualismo. La extensión e intensidad de esta sumisión constituyen a la vez su punto de crisis.

Por otro lado, la creciente tensión social dada tras la ruptura del consenso por la crisis global en los años setenta es interpretada de manera angustiante por la mayoría izquierdista institucional –que jugó un papel orgánico en la construcción del consenso–, como una derrota de la clase obrera en el campo de la lucha de clases. En el discurso mezclado y difuso de la izquierda en Grecia se encuentra una línea patriota que insiste ahora en manifestaciones furiosas sobre “la nueva ocupación alemana”, junto con llamados a regresar al Estado de bienestar y a la toma del poder para establecer una etapa transitoria del fortalecimiento del “trabajo” en contra del “capital” en los márgenes de la Unión Europea. De esta manera, las inherentes contradicciones del movimiento objetivo del capital, es decir, la relación de explotación-dominio, son interiorizadas por la clase obrera no como resultado del antagonismo social centrado en la lucha de clases, sino como contradicciones específicas de su propia existencia en cuanto ésta es percibida como parte de la reproducción del capital. Esto se debe a la degradación radical de las condiciones materiales para la reproducción de la clase obrera, que resulta en la interpretación gradual del enfrentamiento social y la alteración del orden establecido como una “demanda” hacia el Estado por recuperar los derechos perdidos o para reincorporarse en la misma lógica sistémica, más no para romper con ella. La aparición de esta forma de marginación extrema, como resultado de la “terapia del choque” practicada en Grecia, ha causado en los últimos años: una reducción salarial de 40% en los últimos dos años; un recorte

radical en todas las prestaciones sociales institucionalizadas en los ámbitos de la salud, educación y seguro social; anulación de todos los acuerdos laborales colectivos (salario mínimo, etc.); privatización de todo lo común y “cercamientos” continuos con la distribución de zonas de explotación a empresas multinacionales; la imposición de impuestos gravosos directos con medidas anticonstitucionales (vinculados a organismos de interés público, como la compañía de electricidad); la precarización del trabajo y el aumento espectacular del desempleo; la creación de una nueva “sub-clase”<sup>1</sup> que es excluida de los llamados “bienes sociales», la pobreza energética; la emergencia de un discurso nacionalista antineoliberal que resulta en el fortalecimiento de grupos fascistas y sus prácticas contra los inmigrantes; la institucionalización de estrictas leyes que penalizan toda suerte de desobediencia social; y la producción de un nuevo “diccionario político del mercado” que deslegitima, por completo, la forma de democracia burguesa asimilada hasta hoy y define cada forma de lucha social como un comportamiento antisocial.

Sin embargo, la generalización de esta realidad nefasta hace visible la incapacidad equivalente por parte de la forma de reproducirse del Estado –por lo menos de la manera anterior– como forma fantástica (o fetichizada) que, aunque forma parte de la relación de explotación y dominio, aparece como una mediación impersonal entre lo social y lo económico con el objetivo de una gestión igualitaria de la desigualdad (Holloway, 1985). El capitalismo queda al desnudo y se ve forzado a abandonar las mediaciones (el Estado como portador de derechos y libertades civiles) sobre las cuales se ha basado siempre para justificar tanto su existencia, como el uso de la violencia a favor de la “cohesión social”. Por consiguiente, parecen agotadas las dos tendencias de la izquierda que insisten en basar su poder en la toma del Estado, sea para regresar a un nuevo Estado de bienestar potente (trasladando la gestión de la desigualdad económica a nuevas manos políticas), o como una estrategia que abre el camino hacia una sociedad libre de clases. El desmoronamiento de la credibilidad de las mediaciones institucionales y el cambio de la forma de relaciones que constituyen el Estado en su conjunto, es decir, la ruptura generalizada con el modo antiguo de hacer política, que se expresa a través de la

experiencia de lucha (puesto que la crisis permea cada expresión de la práctica social y no sólo una parte), hacen cada vez más nebuloso el campo de transformación de esta forma social (el Estado) en un instrumento de emancipación. Además, este camino de política implica, inevitablemente, un cierre nacionalista que fortalece la economía y el mercado del país dentro de sus fronteras estatales, lo cual no sólo implica un discurso conservador, al mismo tiempo es siempre una medida contradictoria que se crea en las crisis capitalistas para que se resuelvan y aseguren así la supervivencia del capital. Esto no significa que la forma del Estado puede ser definida como una abstracción total, ni que se puede anular su vínculo histórico específico con formas de lucha revolucionaria; sin embargo, la dialéctica del antagonismo revela hoy un proceso de superación que no constituye un momento desafortunado, sino la esencia de la propia relación.

Desde un punto de vista crítico, que las propias luchas nos permiten obtener, lo que nos interesa, sobre todo en vinculación con una interpretación de la crisis de la relación capitalista, es precisamente el porqué esta última no consigue reproducirse con la misma forma en este momento histórico específico. Esta pregunta nos lleva a la condición histórica particular que conforma la cualidad y las características del antagonismo social. En su núcleo se encuentra la lucha de clases, no como una categoría abstracta y ahistórica; sino como una categoría permeada por las contradicciones del capital, por un lado, y por las formas de lucha, por el otro, en una versión espacio-temporal específica. Desde este punto de vista la crisis se interpreta de otra manera. En el caso de Grecia, la falta precisamente de disciplina y obediencia producida históricamente por la lucha de clases (que el propio movimiento caótico del capital ha causado) han prohibido la alta productividad o, en otras palabras, han creado la baja concentración de capital. Esta crisis de explotación en Grecia se demuestra en varios intentos del Estado para precarizar, cada vez más, las relaciones sociales (desempleo generalizado) junto con la extensión del crédito al consumo (recesión y pobreza que afecta ya a casi la mayoría de los griegos). Su forma desnuda apareció en 2008 mediante las medidas de austeridad impuestas por el Banco Central Europeo. El inicio de esta “terapia del choque”, como hemos comentado anteriormente,

junto con los sueños frustrados de años y la imposibilidad de integración en el “imaginario del mercado neoliberal” que la crisis mundial demarcó, resultó en el estallido social de una minoría proletaria que conmocionó a la sociedad griega durante diciembre de 2008.

La distancia y el rechazo mutuo entre dos mundos, arriba-abajo, del movimiento antagónico que se despliega en Grecia durante los últimos dos años, son cada vez más claros, además de visibilizar las contradicciones acumuladas en cada uno de los campos. En primer lugar, el movimiento de los de arriba, el del Estado burgués, aparece violento en Grecia, depredador y, al mismo tiempo, completamente deslegitimado, caótico y en plena desintegración. El anuncio hecho por el entonces gobierno de Papandreu (octubre de 2011) del supuesto referéndum (sobre la aceptación o no de la política de la Troika) que nunca se realizó, además el voto de confianza en el gobierno (5 de noviembre de 2011) con la demarcación, por sus propios miembros, de que inmediatamente después ¡renunciara el Primer Ministro!, son algunos de los instantes comiquísimos de esta descomposición. Por otro lado, la imposición de un gobierno del mercado con el nombramiento del primer ministro (Papadimos) sin elecciones, es decir, la imposición de una dictadura bancaria que sigue produciendo resultados institucionales en detrimento de los de abajo durante todo este tiempo,<sup>2</sup> y declaraciones sobre la decisión de colocar un delegado en la Unión Europea con derecho de veto en todas las decisiones relacionadas con la política financiera del país, son algunas de las nuevas estrategias violentas del capital, donde el Estado desempeña el papel final de legitimador violento.

Entre estos dos movimientos, desde arriba y desde abajo, se hace cada vez más obvio que existe ya sólo un punto común: una repulsión y un choque mutuos. Un choque múltiple, con muchos puntos de partida y muchas direcciones, con formas e intensidades diferentes, pero con horizontes comunes de emancipación. En este horizonte común de emancipación se dibuja el rechazo generalizado a la representación política de la lucha a nivel de instituciones estatales, partidos y sindicatos, la cual a veces opera de manera impertinente y dificulta cierta unidad en la lucha. Sin embargo, en esencia, devela qué tan parecida a la lógica capitalista puede ser una forma homogénea de lucha y de organización de ésta, trayendo consigo,



a superficie, las contradicciones internas de los que participan en esta lucha. Es decir, hace visible la línea que divide las formas de lucha basadas en lógicas capitalistas (Estado, jerarquía, planificación desde arriba) de las que, por ahora, las niegan. La propia categoría de “movimiento social”, cuando llega a asumir la forma cristalizada de una eficacia con características definibles y cuantificables, de actores y estrategias que miran hacia un fin y hacia el pragmatismo que éste conlleva, se encuentra en el campo de la autocrítica de una nueva subjetividad en lucha. Una muestra de ello son las tensiones y los choques violentos que se dieron en las movilizaciones recientes contra los memoranda entre miembros del Partido Comunista de Grecia (ΚΚΕ) y manifestantes del ámbito anarquista. En una de las mayores manifestaciones dadas en el centro de Atenas desde el final de la dictadura militar en 1974, el 25 de octubre de 2011, se vivió el esfuerzo por definir la huella política de los que cercarían el Parlamento, es decir, de aquellos que lideran la lucha: una expresión de ruptura afrontada entre una lógica de vanguardia, de representación política y de sumisión a relaciones jerarquizadas, y su negación.

Dos instantes de la insubordinación desplegada por los de abajo en Grecia constituyen la revuelta de diciembre de 2008 y el movimiento de las asambleas populares de las plazas el verano de 2011. Dentro de este contexto –precarización creciente, proletarianización de cada vez mayor parte de la población, deslegitimación de la demanda; en el sentido que la solución a través de la negociación aparece cada vez más difícil– se encuentran las formas divergentes<sup>3</sup> de lucha social desarrolladas durante los últimos años en Grecia; constituyen grietas en la forma de “ciudad capitalista” de la metrópolis de Atenas y, por un lado, marcan desplazamientos en la lucha social y la teoría revolucionaria, mientras inscriben transformaciones del espacio urbano sitiado por el capital y la ley del valor, por el otro. Dichas transformaciones posiblemente destacan procesos transitorios del “umbral” de la *nuda vida* (Agamben, 2005) en el cual nos encontramos hacia nuevas subjetividades y construcciones de comunidades proletarias que diseñan la nueva geografía de la ciudad.

## II

La rebelión de diciembre del 2008 marcó para Grecia el inicio de una nueva experiencia de lucha en las espacialidades que conforman la construcción del capital y normalizan la sociabilidad abstracta que la relación capitalista presupone, como es el espacio metropolitano de Atenas; fue la expresión de la negación cualitativamente total, aun por una minoría de este mundo, una grieta crítica en el biotopo capitalista, superficialmente variado, lleno de espacialidades múltiples de lo imaginario, pero también liso y homogéneo en su profundidad. Como lo he comentado anteriormente, desde 2008 la crisis del capital en Grecia ha comenzado a profundizarse muy peligrosamente. Aunque allí la crisis es básicamente endémica, debido a que el desarrollo del capital, después de la Segunda Guerra Mundial, ha sido siempre caótico –capitalismo depredador mediante un Estado clientelista–, desde el año 2008 se presenta como crisis de reproducción y falta total de la posibilidad de un futuro digno. “El salario y la reproducción de la fuerza de trabajo tienden a ser inaceptables por el capital” (*Théorie Communiste*, 2009b). La crisis toca prioritariamente a los nuevos entrantes a la producción y “la generación de los 700 euros” se constituye con base en el odio y el rechazo hacia una sociedad que la niega. El asesinato de uno de estos jóvenes, Alexis Grigoropoulos, a sangre fría por un policía en servicio, el 6 de diciembre de 2008, fue el punto de partida del acontecimiento. Por lo tanto, la juventud precarizada se encontró en el centro de los enfrentamientos. Los alumnos y jóvenes sin futuro inundaron las calles y se juntaron con la gente indignada. Atenas en los meses próximos experimentaría uno de los mayores disturbios sociales en su historia de *metapolítefsi: remember, remember the 6<sup>th</sup> of december*.

¿Quiénes son los que luchan? La reformulación de un sentimiento común en relación con el sujeto social no provino de una identificación *a priori* basada en la demanda o el interés, sino durante la lucha de nuevas formas antiinstitucionales que subrayaron la importancia de la autoorganización y la autonomía como antípodas de la protesta institucional tradicional. Esta experiencia, de encuentro abierto en las calles, no buscó ni reconoció, en ningún momento, líderes o protagónicos.

No defendió en su conjunto a estructuras organizativas, radicales o no, que estuvieran coordinadas con base en un partido político o algún sindicato, es decir, las formas tradicionales de lucha de la clase laboral, formando así un nuevo vocabulario más allá de nociones abstractas y vagas ideologías. No hubo una “línea política” trazada por algún grupo organizado, aunque muchas colectividades y formaciones políticas (partidos más pequeños de la izquierda institucional y extrema) participaron en intensas movilizaciones y concentraciones a diario. La revuelta se dio a través de los “grupos de amigos” y los sujetos imprevisibles que actuaban de manera sorpresiva en sus barrios y en el centro de la ciudad. El protagonista era el “factor X”, es decir, la oleada de gente que llenaba torrencialmente las calles: las constelaciones curiosas de ancianos y jóvenes que atacaban los bancos y los grandes almacenes; los grupos perseguidos por la policía que prendían fuego al árbol navideño de la céntrica plaza Sintagma, escribiendo en las paredes: “Estamos en revuelta, la Navidad se suspende”. Los grafiteros y artistas llenaron la ciudad y calles con formas humanas sin rostro y con palabras de rabia. Los estudiantes de las escuelas atacaban las comisarías de cada barrio, volcando coches de patrulla. Los familiares y profesores, junto con los jóvenes, chocaban todos los días con la policía. Los vecinos ocupaban estacionamientos para convertirlos en parques y a los parques para que no se convirtieran en estacionamientos. Nacieron las asambleas en medio de la calle y en todos los barrios, y siguen existiendo hasta hoy. El desbordamiento y presencia de la energía humana tomaron la ciudad.

Asimismo, con la falta de líderes aparece la falta de demandas, la cual sembró precisamente el pánico al poder y “no los vidrios rotos y las bombas molotov” (Davis, 2008). Debido a la ausencia de demandas y a los intentos de mediación en esta lucha acabaron en un punto muerto, mientras la actividad revoltosa señalaba contradicciones y límites en el seno del propio campo de las fuerzas sociales de choque. El Partido Comunista de Grecia (KKE) –que acostumbra defender la lucha de clases hasta el punto del choque institucional de la clase obrera, liderada por él mismo– condenó desde el principio, rotundamente, la rebelión como una expresión marginal de una minoría “antisocial”. De acuerdo con las declaraciones oficiales de sus miembros, los insurgentes eran unos

pocos “encapuchados”, “proxenetas” o “narcotraficantes”, es decir, eran “criminales comunes”. Es más, se publicó en *Rizospastis*, el periódico oficial del partido, un relato titulado “La llamada telefónica errónea de un asesino”, con el cual se “exculpaba” a los asesinos uniformados de Alexis por ser “hijos de la sirvienta proveniente del pueblo”, que dispararon contra los “gamberros” de la clase burguesa y se llegaba hasta el punto de criticar al Estado por su incapacidad de reprimir. Sin embargo, no fue sólo la postura claramente reaccionaria del KKE, que tomó indudablemente el lado de la contrainsurgencia.<sup>4</sup> También los sindicatos se retiraron de la escena, las figuras protagonistas fueron desactivadas, muchos intelectuales guardaron silencio puesto que no había un campo de “reconciliación social” y el arte institucional que ubica su existencia dentro del contexto del mercado capitalista se vio simplemente incapaz de reproducir su papel de portador-productor de un discurso alternativo. A través de su práctica y discurso, diciembre trajo a la superficie un nuevo vocabulario antipolítico que se combinó con el “¡ya basta!”, con la negación de un mundo que no nos incluye, simplemente porque no es posible vivir en este mundo. Y, en este contexto, transformó la categoría de “lucha de clases” de una noción afirmativa a un concepto crítico (Bonefeld, 2004: 61).

A su vez, la lucha fue digerida con una lógica de contra-productividad, antiprogramación y antiprogreso, mientras subrayaba, por un lado, la destrucción de elementos del capital y, por otro, el “gastar”, las fiestas, el don, el compartir, la risa subversiva y la liberación de la creatividad en las antípodas de la ética del trabajo capitalista. Los bloqueos, las barricadas, la expropiación y destrucción de elementos del capital, la ocupación de espacios en el centro y los barrios de la ciudad dificultaron literalmente la circulación del capital, provocaron la pérdida de inversiones significativas y una tendencia decreciente de la cuota de ganancia.<sup>5</sup> Sin embargo, dichas formas de lucha permanecieron al nivel de la reproducción. Esta fue también una de las críticas sobre los límites de la revuelta. Es verdad que la cotidianidad laboral de la mayoría de la gente no fue afectada. Sin embargo, la relación capitalista (es decir, la relación históricamente específica entre capital-trabajo) se reproduce como totalidad, aun en formas separadas, y el ataque debe ser dirigido contra todas estas formas (cada una de las cuales

se produce como totalidad). En fin, la crítica no puede quedarse en un nivel cuantitativo, en cuanto que el capital tienda a controlar directamente la totalidad de la vida del proletariado (subsunción real); en la medida que todo se mide con base en el tiempo laboral, el humano se convierte en una máquina o pieza de repuesto; el espacio obtiene los rasgos de una ciudad anónima donde predomina la mercancía, el espectáculo, el entretenimiento planificado de antemano, la sociabilidad preanunciada y la soledad. En tal sentido, las concentraciones en los parques y en las calles, los juegos en grupo en los espacios públicos, las fiestas populares que se organizaron en las plazas de barrios de inmigrantes, las intervenciones en obras de teatro y en las heterotopias de consumo –como los centros comerciales– o en zonas de entretenimiento alienado, en conferencias de museos, los *performances* en la calle durante las protestas, las ocupaciones de emisoras de televisión y radio, las marchas nocturnas festivas de un circo vagabundo que pasaba protestando por los lugares ocupados, la sublevación generalizada de la creatividad, no cuestionaron sólo el *ethos* laboral capitalista. También cuestionaron el fundamento propio de la abstracción de esta realidad que constituye la relación social dada; es decir, la sociedad (capitalista) en la medida en que ésta define completamente al individuo como productor de valor de cambio y constituye la negación de su existencia física (Marx, 1990: 180). De hecho, la lucha no se vinculaba con el restablecimiento o la reconstitución de un mundo capitalista mejor, con más trabajos, más horas laborales, un mayor grado de producción, circulación y consumo de mercancías. Al contrario, las prácticas de diciembre se parecían a las fiestas populares de las comunidades indígenas latinoamericanas, pues subrayaban una transformación de la propia actividad basada en formas distintas, dejar de hacer el capitalismo (Holloway, 2011: 320) o en formas que se alejan de lo que Marx (2009: 214-215) menciona como la verdadera definición del trabajador productivo: “[...] un hombre que no necesita ni exige nada más que lo estrictamente necesario para estar en condiciones de producir a su capitalista el mayor beneficio posible”.

Además, la rebelión destacó, a través de su práctica, la noción de la ubicuidad; mientras los rebeldes trataron de ocupar y “liberar” el mayor espacio público posible. La ubicuidad junto con la dispersión fueron las dos

tácticas espaciales principales que desestabilizaron al sistema de control, sobre todo porque generaron múltiples focos de resistencia, cuya represión simultánea parecía casi imposible. El despliegue de la lucha fue acompañado de una determinada intensificación espacial, la cual permitió su extensión a toda la ciudad y alrededores; mientras muchas de las formas colectivas que se generaron en este momento (asambleas barriales y *okupas*) son activas hasta hoy. Esta intensificación empezó por las calles principalmente del centro urbano, se extendió a los barrios en torno a actividades espontáneas y a ocupaciones de espacios públicos en toda la ciudad adquiriendo, en su última etapa, un significado simbólico. La dispersión de la revuelta y la ordenación del territorio a través de actividades tópicas descentralizadas señalan la lógica antiprogramática, opuesta a las viejas estrategias de resistencia, y una tendencia significativa para romper con la segregación espacial de diferentes zonas de actividad determinada (trabajo, privacidad, consumo, entretenimiento, educación, arte, etc.). Todas estas acciones numerosas y dispersas constituyeron una cartografía distinta que trajo a la luz formas de ruptura de los cercamientos sociales (des-fetichización del espacio), subrayando las apropiaciones colectivas de las espacialidades urbanas (simbólicas y materiales), la reconceptualización de los espacios de referencia de los sujetos y la creación de un imaginario espacial común. El espacio definido como “común” (a las antípodas de la dicotomía privado/público-estatal), cambió las mediaciones y las representaciones espaciales, al alterar los flujos espaciales de la ciudad a través del derrumbamiento del comportamiento espacial interiorizado. A la vez transformó el uso institucional de espacios como escuelas, universidades, ministerios, edificios públicos, espacios arqueológicos,<sup>6</sup> pasando de ser zonas excluidas de sacralidad a constituir refugios aglomerados, medios de contra-información y lugares de intervención. La ciudad, en su conjunto, adquirió un nuevo significado. Para un gran número de personas fue la ruptura del retiro de la esfera social, sobre la que se fundamentan las ciudades y las sociedades modernas tardías; un retiro que borra continuamente las huellas de la experiencia humana viva de la superficie espacial de lo social (puertas cerradas, abandono de los espacios públicos, paisajes

urbanos inhospitalarios, atrincheramiento en casas privadas-fortalezas o en barrios-esterilizados).

En fin, la revuelta demarcó una nueva experiencia de lucha en Grecia trazando un horizonte social más amplio contra las formas del poder y del capital. No era sólo juvenil ni sólo contra la violencia estatal y la injusticia social por el asesinato de Alexis. Fue más bien “la rebelión de una minoría del proletariado que vive en este rincón del mundo” (Blaumachen, 2008: 5), que se encuentra en condiciones de marginación, pobreza y explotación, sin futuro. Esta minoría vino como “imagen del futuro” para destruir y participar en los procesos sociales de producción de una relación diferente, la cual se negaba a la dominación del dinero, la ley del valor y la fantasmagoría de la mercancía.

¡No se limite a vengar la muerte de Alexis, sino las miles de horas que nos roban en el trabajo, las miles de veces que hemos sentido la humillación en la oficina del director, los miles de momentos que hemos ahogado nuestro enojo frente a un “exigente”, PENDEJO cliente! Para nuestros sueños que se han convertido en publicidades comerciales, nuestras ideas que han sido líneas gubernamentales y votos, la vida que se desgasta constantemente, nosotros mismos que nos volvemos poco a poco sombras de una cotidianidad repetitiva.<sup>7</sup>

### III

Este espacio reclamado y transgresor constituye la corriente subterránea en la cual coinciden, después de 2008, los flujos de la resistencia que se desarrollan en Grecia y que estallan en diferentes momentos dinámicos, dando una respuesta a los que, como siempre, se dieron prisa en abandonar la experiencia del “¡ya basta!” en manos del “nada cambió”. La normalización de la vida social produjo en la Grecia actual más grietas de lo que uno se imaginaría, grietas que, en la conciencia y la percepción de las personas, rompen uno tras otro los vínculos que mantenían a dos mundos encadenados entre sí. El mundo de los de arriba con el de los de abajo. Sin embargo, así como estas grietas no se articulan de manera positivista y acumulativa, la creciente distancia con “el arriba” no significa que nos

quedaremos solos, ni mucho menos, como varios, quizá, interpretan el rechazo al Estado, a las instituciones políticas y a las antiguas estructuras organizativas. Al contrario, constituye el umbral por el cual se aproximan y se conectan los otros mundos de los de abajo (Zibechi, 2011), despeja el horizonte donde amanecen las constelaciones de la lucha social contra la continua embestida del capital a nivel global. En los dos años que siguen después de la revuelta de diciembre, la intensificación de la lucha de clases en Grecia se acompaña con la imposición de un régimen de contrainsurrección, de “choque y miedo” por parte del Estado para extender la explotación y el control de las fuerzas sociales y aumentar el miedo, la apatía y la violencia física e ideológica. Atenas se convirtió en una ciudad fortificada con la presencia policial constante y el control del espacio metropolitano agobiante. Una “guerra de todos contra todos”.

Pero las formas de dominación del capital nunca son definitivas. Es evidente, durante este tiempo, el fortalecimiento de los espacios ocupados y “liberados” que funcionan con procesos assembleístas, los rechazos radicales a los mega-proyectos y la violencia estatal, como fue el caso de la lucha de la comunidad de Keratea, el Atenco de Grecia; las prácticas de auto-reducción, como la negación a pagar la tarifa en casetas de cobro y en los medios de transporte, con el movimiento “no pagaré”; las cocinas colectivas en los barrios; las huelgas obreras, las manifestaciones y los bloqueos de calles; las ocupaciones de edificios públicos; los abucheos públicos a políticos y líderes sindicalistas. Esta nueva esfera pública de los de abajo (TPTG, 2011), sin embargo, no cedida por alguna autoridad bajo condiciones que afirman la legalidad del poder, se volvió más visible durante el verano de 2011 a través de procesos de creación de comunidades urbanas en las plazas ocupadas y en las asambleas populares. Con modos y tradiciones completamente diferentes, se construyeron todos los días vínculos, memorias y prácticas de un comunitarismo, un “nosotros” diferente y polimórfico, “que no se dirige a la construcción de identidades colectivas o de un cuerpo social uniforme, sino a nuevas formas de coordinación e interacción, basadas en prácticas colectivas que generan comunidades abiertas y comuneros” (Stavrides, 2012). El vínculo principal entre las diferentes prácticas de



estas comunidades de la crisis, fue precisamente romper con el miedo que se produce a través de años de dependencia y debilitación de nuestra imaginación para pensar en las posibles alternativas. En cómo podemos hacer las cosas por nosotros mismos, a nuestro modo. Diciembre señaló un tiempo donde se definió, de manera más clara, contra qué luchamos; el movimiento de las asambleas populares en las plazas abrió un horizonte de creación de formas alternativas.

Mucho antes, en las huelgas de los días 10 de febrero, 11 de marzo y 5 de mayo de 2010, con participación masiva de inmigrantes y de trabajadores del sector privado y público, se observan confrontaciones feroces en las calles, ataques a los ministerios y servicios económicos del Estado, bloqueos a las calles principales de la ciudad; mientras las pancartas de los manifestantes escribían: “Cualquiera que sea la pregunta, la respuesta es el humano”, “¡Fuera FMI!”, “¡Qué se queme el *bordello* Parlamento!” La influencia de las tácticas de lucha que la gente había experimentado ya, durante la rebelión de 2008, se hicieron presentes. Precisamente, la huelga del 5 de mayo, la víspera de la votación en el Parlamento de las medidas de austeridad, fue una expresión abierta de odio contra el Estado y la violencia de la policía y una prefiguración clara de lo que iba a pasar un año después, cuando la ciudad se declaró claramente en “estado de rebelión”.<sup>8</sup> El año de 2011, en Grecia, estuvo caracterizado por una serie continua de movilizaciones, por la emergencia de muchos sindicatos de base, por huelgas en todos los sectores; medidas que en ocasiones se movían en los límites y bajo el control del sindicalismo oficial y otras veces se desbordaban a través de la imaginación y la colaboración de la gente, indicando nuevas prácticas, nudos y memorias colectivas que sobre todo constituyeron un espacio y sentido común de lucha, abierto y transitorio. Igual de abierto era el espacio reivindicado en las plazas ocupadas en todo el país, convertidas en el teatro de las asambleas populares durante los meses del verano de 2011. El primer comunicado de la asamblea popular de la plaza Sintagma en Atenas, el 28 de mayo de 2011, decía:

Durante mucho tiempo se vienen tomando decisiones para nosotros sin nosotros. Somos trabajadores, desempleados, pensionados, jóvenes y hemos venido

a Sintagma a luchar por nuestras vidas y nuestro futuro. Estamos aquí porque somos conscientes de que las soluciones a nuestros problemas pueden provenir sólo de nosotros mismos. [...] Allí, en las plazas, juntos articularemos todas nuestras demandas y reivindicaciones. No nos iremos de las plazas hasta que se vayan todos los que nos trajeron hasta aquí: los Gobiernos, la Troika, los Bancos, los Memoranda, y todos los que nos explotan. A ellos decimos que esta deuda no es nuestra. ¡Democracia directa ahora! Igualdad-Justicia-Dignidad.<sup>9</sup>

El 25 de mayo del 2011, en un gesto espontáneo de insubordinación, indignación y descontento popular, sin organización central o planificada, miles de personas (aproximadamente 500 000) bajaron a las calles del centro de Atenas y tomaron la plaza central y el espacio delante del Parlamento con el lema “¡Ya nos despertamos y llegó el momento de que se vayan!” Permanecieron allí gritando, cantando y apuntando miles de luces láser contra el símbolo espacial de la democracia burguesa, en las primeras reuniones de una multitud masiva y políticamente invariable, con personas de todas las edades, con diferentes fondos sociales, niveles de educación y esferas ideológicas, con la participación también de muchos grupos nacionalistas, patrióticos o de extrema derecha. Una multitud confusa, indeterminada y muy enojada. Con estas características, y precisamente debido a ellas, esta multitud fue inicialmente recibida con gran entusiasmo por parte de la prensa burguesa y todo el mecanismo de propaganda estatal, quienes asumieron el papel de defensores del estallido social, librando juegos políticos y presionando por el cambio únicamente de rostros políticos que anunciaron la salvación por parte del mercado. Es decir, este fenómeno fue aceptado como un experimento (y solución) para la descompresión de la tensión social acumulada, que se acentuó todavía más tras la votación de las medidas anteriores de austeridad, así como por la votación inminente del paquete de medidas que se estaba discutiendo en el Parlamento durante aquellos días y cuyas repercusiones se podían ya sentir en la vida cotidiana de todos. Los artículos publicados por apologistas del sistema, destacaban la importancia en el carácter transclasista y “apolítico” del movimiento, su formación policroma y diversa, ocultando así el rechazo al propio poder y al capital. Así trataron de controlarlo.

De hecho, esta aceptación festiva no iba a durar mucho. El giro se debe a aquello que muchos señalaron como característica básica de esta experiencia: el gradual traslado espacial de la resistencia desde el ámbito dirigido contra el sistema político corrupto, en la parte de arriba en la plaza donde seguía participando la multitud desconcertada, en la parte inferior de la plaza, donde la asamblea popular tomó y comenzó a crear estructuras organizativas de comunicación y toma común y horizontal de decisiones de carácter político. Esta ocupación fue literal, con cientos de acampados que se negaban a regresar a sus casas en las noches, con la creación de más de dieciocho grupos de trabajo que realizaban actividades todos los días, convirtiendo a la plaza Sintagma en un peculiar organismo viviente, un poco sucio o revoltoso para los gustos burgueses de los clientes del Gran Bretaña y los demás hoteles lujosos que rodean dicha plaza, o para aquellos que conciben el espacio público como el entorno decorativo y ordenado de la disciplina normativa. Las asambleas populares masivas en Sintagma (a veces con la participación de hasta 5 000 personas) marcaron la necesidad de una nueva cultura de comunicación, la muestra de una insistencia obstinada por no entregarnos a lo que está ya decidido, el deseo por salir del silencio individual y participar en el diálogo y la toma de decisiones desde abajo. El horizonte común que constituyó la resistencia en las plazas fue: ¿quién decide? La exigencia por la democracia directa o democracia “real”, realmente resignificaba el concepto de democracia, en cuanto constituía prácticamente un proyecto común y no una mediación nueva de lo político.

Las asambleas populares de Sintagma mostraron cero tolerancia hacia la presencia y el intento por interferir políticamente de ciertos grupos políticos, partidos y sindicatos, pero sí toleraron el ambiente de McDonald’s y del movimiento comercial de la calle Ermou, insistiendo en concertarse en lo suyo, en su propio proceso interior de autoorganización y desarrollo de acciones, en su objetivo político. El despliegue de la actividad no se extendió en el cuerpo de la ciudad ni se generalizó en el sentido de provocar acciones colectivas y simultáneas que podían tomar un carácter rebelde. Escogieron un espacio simbólico y construyeron una nueva realidad dentro de sus límites, no se movieron hacia lo social,

quizá hasta se atrincheraron en una heterotopia espacial ocupada (plaza Sintagma) como punto de polarización de su rechazo hacia lo real y de creación de una instancia paralela, diferente, real. Sin embargo, lo social se movió y se encontró en la plaza Sintagma a una escala jamás antes vista, se aglomeraron las asambleas, se enojaron o se sintieron felices con su participación en un nuevo espacio de diálogo público, se adquirió un nuevo hábito público. El “pasaje” creado en esta plaza digirió historias subjetivas y una objetividad cuestionada, fluida y temporal. Pero también lo político (antiguo y nuevo) se encontró en la plaza de Sintagma. Por un lado lo antiguo, puesto que muchos grupos y partidos políticos de izquierda participaron de manera “individual” en la asamblea, habiendo, sin embargo, asimilado antes en sus estructuras la línea política que debían promocionar. Esto sucede y no es tanto una crítica a la experiencia de las asambleas en plazas, como una crítica a aquellos, que aun enfrentados con algo nuevo y diferente, insisten en transmitir la ansiedad del pasado. No obstante, esto no consiguió convertir a la asamblea en una “mala imitación del Parlamento” (Lieros, 2011: 8), al menos no durante el momento fuerte de esta experiencia. Frente a este elemento de lo viejo se planteó lo nuevo. Es decir, la ampliación de la conciencia de la autodeterminación, a través de la expresión de repulsión masiva hacia esta costumbre política institucional, que a veces llegó hasta comportamientos extremos. Este nuevo imaginario temporal y espacial construido en la plaza Sintagma, más allá de sus contradicciones –que siempre están presentes y latentes en un proyecto vivo y en formación colectiva de una nueva modalidad cotidiana–, marcó el límite del control y la ira del poder, su maquinaria de represión y sus medios de comunicación.

Para el poder, el tiempo de los que ocupaban la plaza era limitado, breve; el poder podía esperar hasta que el cansancio ganara a todos. Pero el tiempo y el espacio de las experiencias en los estallidos sociales tienden a ser idiosincrásicos y adquieren formas distintas de percepción y medida. Se dilatan constantemente. Para la asamblea, los grupos y todos aquellos que se encontraban día a día en la plaza, las tardes pausadas de conversación y el convivio hicieron un tiempo pleno, duradero, largo. Era un tiempo de prueba, de solidaridad, cooperación, reconocimiento

mutuo, una radicalidad emergente. Esto quedó claro cuando, a pesar de los intentos manipuladores por los medios de comunicación de separar la ira popular en buena y mala, pacífica y violenta, social y antisocial, fueron los manifestantes “pacíficos” los que no tuvieron miedo ante la operación militar que convirtió a la plaza Sintagma en una “cámara de gases”, mandando a 700 personas al consultorio médico y a otros 100 al hospital, durante los días 28 y 29 de junio de 2011. Ahí se encontraron de nuevo desempleados, precarios, anarquistas, estudiantes, obreros, gente común; en el epicentro de la destrucción de bancos, ministerios, de la caja postal de ahorros, de comercios y restaurantes. Fueron ellos los que se vieron perseguidos sin piedad dentro de casas, tiendas, estaciones de metro, hoteles, los que permanecieron cantando y bailando en medio del caos, formando cadenas humanas, convirtiendo la violencia en una fiesta, los que fueron echados dos veces de la plaza y regresaron, los que fueron detenidos, maltratados y encarcelados.

En tiempos de conflicto abierto, que amenazaban el orden establecido, se construyeron allí comunidades proletarias, a través de la lucha, la solidaridad y el apoyo mutuo; por momentos superaron las separaciones que los fragmentaran y debilitaran, haciéndose una subjetividad peligrosa para el sistema capitalista. El movimiento del capital, según Marx en los *Grundrisse* (2009), se basa en un proceso en el que el dinero y el valor desintegran la comunidad tradicional o específica y toman su lugar. El dinero se convierte en una comunidad. Sólo subordinando a todos los elementos de la sociedad “llega a ser históricamente una totalidad” (op.cit.: 220). Su desarrollo como totalidad presupone, sin embargo, la renovación continua de la destrucción y la expropiación de áreas vitales y formas de vida anteriores y la promoción de un proceso de sintetizar nuevas abstracciones reales, donde la propiedad privada se expande orgánicamente en toda la envergadura de lo social. Las zonas de sublevación, las territorialidades de la lucha social, son precisamente fuerzas opuestas, antagónicas y destotalizantes en el proceso capitalista. La vida social en los espacios ocupados y las asambleas populares organizadas más allá de lo privado y lo individual, la conversión a selva de la metrópolis en un encuentro de amigos y la pérdida del miedo urbano abrieron la posibilidad de la transformación

de las relaciones sociales en una base “comunitaria” específica; no en términos constitucionales, sino a través de la búsqueda experimental de reinventar las formas de sociabilidad.

La lucha en Grecia se percibe, por parte del autoritarismo europeo, como una epidemia peligrosa que puede afectar a otros lugares/nolugares, contra la lógica dada por la Historia con el realismo de la derrota. Desde el verano de 2011, hasta hoy, diferentes gobiernos siguieron “experimentando”, imponiendo, aterrorizando, coaccionando y destrozando continuamente todas las bases de reproducción social en Grecia, de la misma manera que lo hicieron los experimentos equivalentes después de la revuelta en Argentina, seguida la bancarrota en el año 2001. El trabajo ha llegado a no valer casi nada en Grecia, la pobreza se vuelve visible en las calles de las ciudades, la desesperación conduce a suicidios y el sistema sigue aterrorizando, entrometiéndose en cada grieta social y cortando cada aliento. Sin embargo, es un hecho que existe una insubordinación general echando raíces a diario junto a una nueva ética política desde abajo, como la mostrada el 28 de octubre de 2011 en toda Grecia o, más recientemente, el 25 de marzo de 2012, convirtiendo fiestas nacionales en gestos de desobediencia popular.<sup>10</sup>A la vez, la realidad laboral se encuentra con huelgas de varios meses en empresas privadas y fábricas, la ocupación de un hospital, un canal y un periódico importante de la prensa urbana. Aproximadamente 1,5 millones de casas no han pagado la cuenta de electricidad que incluye al injusto impuesto *per capita*. El 14 de enero de 2012 se llevó a cabo en Atenas el primer encuentro de 40 asambleas barriales, con la participación de más de 600 miembros y se creó la Coordinadora de asambleas barriales, mientras que en el resto del país se registra la operación de al menos otras 37 asambleas barriales. Se generaron varias redes solidarias contra la interrupción del suministro del servicio de electricidad con grupos que se encargan de reconectarlo, decenas de sistemas de intercambio sin dinero, bancos de tiempo y mercados donde las cosas se regalan, colectivas laborales y espacios cooperativos autogestionados, cooperativas contra la privatización de la empresa del agua, cocinas colectivas, huertas urbanas y jardines comunitarios, comercio solidario, servicios de salud alternativos,

comunidades y fiestas ecológicas; además de muchas más iniciativas a pequeño nivel. Las formas de negación y creación marchan juntas en dos procesos separados: por un lado, la rabia e inmediatez de la expresión del “no”;<sup>11</sup> por otro, la trayectoria más pausada, exploradora y experimental de la construcción de formas alternativas específicas. A pesar del resultado de las elecciones,<sup>12</sup> las cuales han creado cierto optimismo en una parte de la población, por la posible salida de los políticos que han participado en este coro de las medidas de austeridad y la entrada de un gobierno izquierdista, lo más importante para el griego resulta ser un movimiento desde abajo que, junto con la resistencia desplegada en otros países de Europa, cuestiona y desafía el futuro del capitalismo en el campo europeo.

#### IV

Tres breves observaciones para concluir esta pequeña crónica de la actividad de clase que se despliega en los últimos años en Grecia, vista desde la perspectiva de abajo:

1. Vivimos en la era del Estado neoliberal represivo; hoy, la represión parece ser la única forma que el Estado presupone para la reproducción social.

2. Vivimos, asimismo, en las luchas actuales a nivel global, un movimiento subversivo y auto-crítico donde el proletariado llega a cuestionar las viejas herramientas de resistencia y su propia existencia como parte *sine qua non* en la reproducción perpetua del capital. Sin embargo, mientras una parte de la sociedad se radicaliza, el fenómeno de discursos y prácticas nacionalistas crecientes pone de manifiesto un gran peligro: la fascistización de una sociedad basada en el miedo.

3. Las experiencias de la lucha social no se definen mediante una suerte de profesionalidad que proporciona soluciones hechas, como ocurre con los mecanismos del poder. A pesar de que no somos y no queremos ser este tipo de profesionales, mientras más se siga propagando destructivamente la violencia del poder y dinero, mientras sigan construyéndose regímenes de excepción, *apartheid*, donde el derecho a la vida desaparezca, tanto más parece que seguiremos sin adaptarnos a cada nueva forma de tiranía; una

inadaptabilidad irrumpirá la trayectoria ciega de lo que ocurrió y constituirá un acto revolucionario, nuestro lado subjetivo en la historia.

Traducción del griego: Anna-Maeve Holloway

Corrección y revisión: Hierson Rojas

## BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio (1999), *Homo sacer. El poder soberano y la vida nuda*, España: PRE-TEXTOS.

Blaumachen (2008), “Diciembre de 2008: un intento de explorar la fuerza y los límites de nuestra lucha” en *Blaumachen*, núm. 3, Atenas ([www.blaumachen.gr](http://www.blaumachen.gr))

\_\_\_\_\_ (2011), “El tiempo de los disturbios” en *Blaumachen*, núm. 5, Atenas ([www.blaumachen.gr](http://www.blaumachen.gr))

Bonefeld, Werner (2004), “Clase y constitución”, en John Holloway (comp.), *Clase ≠ Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, Buenos Aires: Herramienta: 33-68.

Davis, M. (2008), Entrevista en la revista “7” del periódico *Eleftherotipia*, consultado el 28 de diciembre de 2008.

Deutsche, R. y Cara Gendel Ryan (1984), “The Fine Art of Gentrification”, *October*, n° 31: 91-111.

Holloway, John y Sol Picciotto (1985), “Capital, Crisis y Estado” en *Estudios Políticos*, núm. 2/3, México: 62-68 y 88-95.

\_\_\_\_\_ (2011), *Agrietar el capital. El hacer contra el trabajo*, México: Editorial Herramienta y Bajo Tierra Ediciones.

Lieros, G. (2011), *Reflexiones sobre la democracia directa* [ed. griega], Atenas: Ediciones de los Colegas.

Löwy, Michael (2002), *Aviso de Incendio*, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Lynteris, C. (2011), “The Greek economic crisis as eventual substitution”, en *Revolt and Crisis in Greece*, London: AK Press and Occupied London: 207-213.

Marx, Karl (2009), *Grundrisse. Elementos Fundamentales para la crítica de la Economía Política 1857-58*, vol. 1, México: Siglo XXI Editores.

Stavrides, Stavros (2012), “Communities of crisis, squares in movement”, en *Regards on the Crisis in Europe* ([http://www.professionaldreamers.net/\\_prowp/wp-content/uploads/Stavrides-Communities-of-crisis-fld.pdf](http://www.professionaldreamers.net/_prowp/wp-content/uploads/Stavrides-Communities-of-crisis-fld.pdf))

TPTG (2009), “Crónica de un largo diciembre”, *TPTG*, v. 14, Atenas (<http://www.tptg.org>)



tapaidiatisgalarias.org/wp-content/uploads/2010/03/14.pdf)

\_\_\_\_\_ (2011), “Preliminary notes towards an account of the ‘Movement of popular assemblies’”. Para su consulta en línea: <http://en.internationalism.org/icconline/2011/07/notes-on-popular-assemblies-greece>.

*Théorie communiste* (2009a), “Communization in the Present Tense” en Noys, Benjamin (ed.), *Communization and its Discontents: Contestation, Critique, and Contemporary Struggles*, Nueva York: Minor Compositions: 41-60.

\_\_\_\_\_ (2009b), “The glass floor”, en *Les Émeutes en Grèce*, Francia: Senonevero, en <http://libcom.org/library/glass-floor-theorie-communiste>

Zibechi, Raúl (2011), “La ética necesita un lugar otro para echar raíces y florecer”, en *Rebeldía*, núm. 77: 51-57. Para su consulta en línea: <http://caminatuspensamientos.blogspot.mx/2011/05/etica-y-politica-tender-puentes-no.html>

## NOTAS

<sup>1</sup> Véase Rosalyn Deutsche, Cara Gendel Ryan (1984: 91-111).

<sup>2</sup> El 15 de mayo de 2012, es decir, el periodo entre las primeras elecciones de 6 de mayo de 2012, cuyo resultado no condujo a la formación del gobierno y las segundas elecciones anunciadas para el 17 de junio de 2012, el gobierno de transición de Papadimos, pagó, aunque no tenía legitimidad, una fianza de 436 millones de euros. El dinero, según el informe del *New York Times*, llegó a un fondo secreto de inversiones “Managment Dart” (que los economistas llaman el “buitre”) con sede en las Islas Caimán. (<http://www.naftemporiki.gr/finance/story?id=2179519>)

<sup>3</sup> La “divergencia” consiste en que las condiciones actuales mencionadas arriba (precarización, proletarización, deslegitimación de la demanda), provocan, por parte de los excluidos del mundo (los no-sujetos), la crítica y el ataque no solamente al capital (contradicción entre capital-trabajo); sino a su propia existencia (proletariado) como clase del capital y parte de su presuposición. El proletariado, según lo anterior, es objetivamente incapaz de actuar como clase del capital (pidiendo más trabajos, más Estado de bienestar) y cuando lo hace dicha acción se presenta como límite de su propia lucha, presentando el pertenecer a la clase como coacción externa. Al respecto véase *Théorie Communiste*, 2009a: 46.

<sup>4</sup> Véanse documentos [en griego]: [www.youtube.com/watch?v=zjbuHCs-04o&feature=player\\_embedded#!](http://www.youtube.com/watch?v=zjbuHCs-04o&feature=player_embedded#!), [www2.rizospastis.gr/page.do?id=10422&p](http://www2.rizospastis.gr/page.do?id=10422&p)

ublDate=28%2F12%2F2008&direction=&pageNo=8, [www.theseis.com/index.php?option=com\\_content&task=view&id=1067&Itemid=29](http://www.theseis.com/index.php?option=com_content&task=view&id=1067&Itemid=29)

<sup>5</sup> La pérdida de ganancias durante las primeras semanas de la revuelta se considera que alcanzó los 10 billones de euros (TPTG, 2009).

<sup>6</sup> El día 17 de diciembre de 2008, estudiantes entraron a la Acrópolis y colgaron una pancarta enorme con la palabra “Resistencia”, ésta fue visible por todo el centro de Atenas.

<sup>7</sup> Texto de dos trabajadores en el centro de Atenas (Blaumachen, 2008).

<sup>8</sup> Durante la marcha del 5 de mayo, mientras la gente parecía decidida a quedarse en la plaza Sintagma y se realizaron varios intentos de quebrar el cerco policial y entrar al Parlamento, se quemó el edificio del banco Marfin en el centro de Atenas muriendo tres personas por asfixia. Este hecho trágico fue utilizado por el poder para frenar el levantamiento social contra los memoranda, además provoca mucha discusión y conflictos en el espacio anarquista griego.

<sup>9</sup> Fuente: <http://amesi-dimokratia.org>

<sup>10</sup> En dos fiestas nacionales se observaron numerosos incidentes de indignación en todo el país.

<sup>11</sup> El día de la votación del nuevo paquete de medidas de austeridad, 12 de febrero de 2012, los enfrentamientos en el centro de Atenas se parecían, por su intensidad y su síntesis social, a los de diciembre de 2008.

<sup>12</sup> En las segundas elecciones del 17 de junio de 2012, la mayoría escasa (29.7%) del partido derechista Nueva Democracia que ganó (sólo con tres puntos de diferencia de la oposición izquierdista del partido Coalición de la Izquierda Radical, SYRIZA, 26.9%) dice, y a la vez no dice, muchas cosas. Antes de la elecciones se obligó a aliarse con otras fuerzas de derecha, antes opuestas y muy polémicas a su política, y a hacer después de la contienda el gobierno de coalición (con el partido socialdemócrata PASOK, protagonista de todas las aprobaciones de los memoranda, obteniendo 12.3% y con una escisión de la izquierda, un pequeño partido oportunista, la Izquierda Democrática, que obtuvo 6.3%). Todo esto devela un “equilibrio de terror” al respecto con el apoyo de la base social; además, el abstencionismo electoral alcanzó un porcentaje de 40%. Parece que la posición política del nuevo gobierno, entre la *de facto*, imposición de las medidas de la TROIKA y el registro electoral alto de la oposición a las medidas por parte de la gente, es muy frágil y, tal vez, demarcará un nuevo ciclo de protesta social.